

Reflexiones sobre la problemática de la identidad

Palabras del autor en la presentación del libro

“Preludios a la Posmodernidad”

Luis O. Brea Franco

Nuestro país desde su inserción en la historia de Occidente, hace más de quinientos años, ha tenido una vida sumamente azarosa, marcada por la violencia, la injusticia, el aislamiento, la apatía y el abandono.

A los pocos años de alborear nuestro deslumbrante ingreso en los escenarios de la historia occidental, que llevó a algunos a comparar el esplendor alcanzado por la ciudad de Santo Domingo con la de Atenas del período clásico, fuimos postergados, preteridos.

En la nueva situación se suprimió casi todo signo de actividad espiritual y de creatividad en las artes, en los oficios, en la cultura, y un estado de menesterosidad material se impuso en todos los ámbitos de la sociedad, retrotrayendo la vida cotidiana a desesperantes niveles de miseria, primitivismo y disolución social. Después, vinieron las Devastaciones de Osorio, el origen de la división de la isla en dos naciones culturalmente diferentes.

A finales del siglo XVIII, cuando esta desastrosa situación parecía que pronto sería superada, fuerzas foráneas, operando en lejanía, con total indiferencia a la situación real de la colonia y a los sentimientos y costumbres de sus pobladores materializaban la cesión de la totalidad de la isla a Francia, mediante el Tratado de Basilea. Este hecho impuso la tragedia de la emigración a innumerables familias dominicanas y dio origen a algunos versos que recogían la terrible desazón que embargaba a los vecinos de la parte española:

Ayer español nací,
A la tarde fui francés,
A la noche etíope fui,
Hoy dicen que soy inglés...
¡No sé que será de mí!

Luego acontecía Palo Hincado, que trajo el desengaño de la España Boba, la fugaz ilusión de Núñez de Cáceres, la pesadilla de la invasión de Haití y los 22 años de agobiante y devastadora ocupación.

Después de tantos diluvios, renació con mayor fuerza la esperanza: la fe y la entrega plena de Duarte y de los Trinitarios, permitieron vislumbrar posibilidades viables para que la dignidad nacional pudiese abrirse paso a la cristalización del proyecto de edificar una patria común para los desvalidos habitantes de tan maltratados territorios.

Siguieron guerras fratricidas, ambiciones personales, dictaduras, la cesión a España y la guerra de la Restauración; pasó el sueño de una nación moderna que destella en el

intento liberal de Luperón y, de nuevo, el decaimiento, el desengaño, el negro manto de la dictadura.

La hecatombe perfeccionó en el caos imperante en los primeros años del siglo XX que conducen, en línea directa, hasta la catastrófica intervención del 1916, a la dictadura de Trujillo, el golpe de estado al gobierno de Juan Bosch, la guerra de abril, la nueva intervención, el gobierno de los doce años y, en fin, a todo el desparpajo de que somos testigos en nuestros días.

Tal es la realidad de nuestra historia. Sobre tales ruinas debemos, como generación, edificar nuestro legado.

La situación de confusión y perdimiento que se revela en el clamor que irrumpe en el verso de Meso Mónica: "¡No sé que será de mí!", resume, en esencia, no sólo una situación del pasado, la triste realidad de lo que hemos sido en una concreta situación de perdimiento histórico; la indefinición que nos ha dominado en torno a lo que somos; Si no que, a mi juicio, refleja, también, la situación actual de indefinición, de falta de indicación o dirección hacia cuales objetivos o proyectos deberían dirigir nuestros pasos de nación y cultura, remiten al profundo sentido de errancia histórica que ha dominado y domina, aún, lo dominicano. El problema de la identidad es el problema esencial de lo dominicano, arraiga en nuestra accidentada y trágica historia.

Sin embargo, hoy el problema se agudiza con el despliegue de los procesos de globalización en curso en todo el planeta.

La globalización está dominada radicalmente por la expansión de los mercados. El mercado, desde tales perspectivas, vendría a constituirse como la principal instancia para la toma de las decisiones. La racionalidad humana se identificaría con la económica. De allí emana la pretensión de que todos los poderes, de todos los ordenes y derivaciones, habrían de someterse al imperio, a la lógica del mercado.

Sin embargo, tal visión ocasiona serio deterioro en la capacidad de acción de instancias e instituciones que no derivan su validez del mercado, por ejemplo, a la cultura, y a las instituciones políticas e históricas de los estados nacionales. Igualmente, precipita la declinación de certezas y convicciones enraizadas en aspectos que trascienden lo meramente utilitario. Todo lo que no es cuantificable o traducible a términos de operatividad mercadológica tiende a perder prestigio y valoración social. Ocurre, entonces, que las culturas comienzan a extraviar sus códigos, a perder sus referentes históricos. Todo ello condensa en un estado de desorientación general que se traduce en la vigencia de un tipo de experiencia social cada día más desestructurada, desencantada, errática, ingobernable.

La salvaje globalización de los mercados y el permanente descuido a los valores de nuestra identidad nacional y cultural constituyen dos aspectos constitutivos de nuestra difícil realidad de hoy.

Consciente de todo ello, la problemática sobre la cuestión de nuestra identidad emerge, en la obra que hoy ponemos a circular, como una de las vertientes siempre presente de nuestra perspectiva filosófica.

El tema de la identidad se trata extensa y explícitamente en el ensayo titulado: Estética, Nihilismo e Identidad. Empero el tema despliega, también, transversalmente, en los demás escritos. Toda la temática del libro debería ser analizada por los lectores

dominicanos, a quienes va dirigida esta obra, teniendo a la vista el horizonte de nuestra calamitosa historia y el problema de nuestra identidad.

Sin embargo, debo aclarar al posible lector que al acercarse y penetrar en lo esbozado en estos ensayos no debería de olvidar, durante su lectura, que lo que tiene entre las manos es un texto de filosofía, y como tal pretende presentarse en todo momento. Para recalcarlo se agregó al título, el añadido: "Ensayos filosóficos", es decir, se trata aquí, de planteamientos filosóficos que buscan esclarecer situaciones y establecer criterios con cierta validez conceptual, que aspirarían a presentarse como dotados de cierta universalidad. Esto significa que no se mira ni aspira a establecer casos individuales ni particulares. Esa sería una perspectiva apropiada para las ciencias particulares.

Considero oportuno aclarar, ahora, antes de continuar adelante, que cuando hablamos de universalidad, siempre nos referimos a una determinada, específica universalidad; no se intentan establecer aquí, ya que no los consideramos posibles, absolutos: Todo análisis y criterio filosófico emerge desde un concreto horizonte histórico y es dependiente de la perspectiva que le da origen; depende, además, de las posibilidades que despliegan en la propia época, en la propia cultura, e, igualmente de la percepción personal y social, y de las propias circunstancias de quién filosofa; también, depende del ámbito objetivo que se abre en el planteamiento del problema y del enfoque metodológico empleado en el análisis.

Debo confesar ante Ustedes que siempre me ha obsesionado, desde que comencé a estudiar filosofía, el problema de la Identidad. Empero el problema configuró en mí como problemática filosófica. No me interesa determinar si el mangú, el merengue o los palos, son prendas que caracterizan nuestra identidad. Mi cuestionamiento se dirige hacia otro "lugar". Si tales bienes son característicos de nuestro ser, ¿Por qué lo son?

En mi vida he luchado por obtener claridad en torno a dos preguntas fundamentales que, a su vez, se pueden reducir a ser parte de una misma problemática, la de la identidad: Quién soy como ser humano que me encuentro en un mundo al cual no pedí venir y con el que tengo que bregar y al cuál debo donar sentido viviendo. La otra cuestión, ligada íntimamente a la anterior, es: Qué somos como dominicanos, como colectividad, como cultura históricamente determinada. Hacia donde vamos ¿Qué será de nosotros?

Atrapado por tales cuestiones he buscado determinar criterios que me permitieran sopesar, ponderar, enjuiciar, qué es lo que es, y poder, igualmente definir y deslindar en lo que es, aquello que es auténtico de lo que no lo es. Separar lo consistente de lo aparente.

Encaminándome hacia tales metas me encontré que lo idéntico, debe de ser en primer lugar, algo único, algo definido, determinado. Pero lo único, lo individualizado, para poder cumplirse debe de ser también, *autó-nomo*. Pero no sólo eso, lo que es único y autónomo, debería de ser, además, algo sumamente apropiado, auténtico. De esto es lo que nos habla la raíz griega de los términos idéntico, auten-tico y autó-nomo. En Griego la palabra para indicar lo idéntico, la mismidad referida a sí misma, es la misma raíz que en español manejamos en los términos autenticidad y autónomo: *Tos autos*.

Durante el proceso de meditación, la identidad se me vino configurando como una relación marcada por la coherencia, una relación en la cual lo interior y lo exterior, ser y aparecer, aparecer y apariencia coinciden. Avanzando, concluí, que algo que tiene identidad debía de mostrar, por ello mismo, la consistencia de su propio ser en todas

las fases de su aparecer. El ser debe de ser consistente en la palabra y en el actuar. Ser idéntico es ser único, auténtico y autónomo.

A seguidas, comencé a indagar en cuál plano del Ente, en cuál orden de las cosas, debía de mostrarse a plenitud la manifestación de lo idéntico, es decir, teníamos que encontrar un ente que fuera fundamentalmente único, auténtico y autónomo. Inmediatamente descubrí que las obras de la cultura, las obras de arte, eran las que reunían en el grado más eminente las características de la identidad.

Por ello, el siguiente paso que di fue el de preguntarme por el ser de la obra de arte. Qué es lo que hace que una obra de arte sea esa cifra de plenitud que es, cuando es una obra de arte plena. Empero, el planteamiento de este problema trae consigo también, complica, toda la problemática de la filosofía, esto es, tendríamos que analizar, para cumplir la interrogación planteada, la problematicidad de la constitución de los entes y la de la verdad; la cuestión del sentido y del fundamento del mundo; el sentido de la historia y el del tiempo, y hay que traer, finalmente, a la mesa de análisis el problema de Dios, el problema de la trascendencia. En una palabra, se debían afrontar toda una serie de perspectivas que han cristalizado en la problemática histórica de la filosofía. Por ello es que toda esta problemática ha sido recogida y viene tratada como algo ineludible en estos ensayos.

Llevados, por nuestro análisis, constatamos, que la cultura cristaliza en obras y que estas necesitan de un soporte material para manifestarse. Sin embargo, las obras de arte trascienden el medio en que se revelan: el mármol de la escultura o el barro de la artesanía; la hoja de papel y la tinta que recoge y guarda la partitura de Mozart o las aventuras de Don Quijote o el CD, el vídeo, el celuloide, el código digital que contiene y tutela la música, la actuación, la danza. Hay siempre en las obras de la cultura una referencia fundamental a la materia, pero su característica no la encontramos en el soporte material. A menudo, es el medio material el que revela su plenitud en la obra, como le sucede a la caoba dominicana en las obras de Prats Ventós.

Hoy conocemos mucho sobre las técnicas específicas de cada arte para producir obras valederas. Empero, se nos escapa la significación intrínseca de las obras de arte. La Estética ha intentado, sin éxito, definir el valor agregado, el intangible no sé qué que se revela en ellas. Sólo ha podido constatar que, a través del andamiaje material en que se manifiestan, señalan hacia fuera de sí mismas, hacia otra realidad, hacia otro ámbito. Sin embargo, habría que recalcar, esta referencia a lo otro lo cumplen sin salir de ellas mismas. Ella misma constituye su propio referente. En ellas se produce una indicación a otro sentido, diferente al del mundo inmediato en que nos movemos cotidianamente pero, repito, este referente nunca está fuera de la obra en sí misma. Es creado por ella y permanece, reposa, en ella, esto es, lo que constituye su riqueza inagotable. Por ello, se dice, que las obras son metáforas. Hay, en ellas, indicación a otros sentidos de la realidad. Nos invitan a seguirlas, y en ese tránsito, a colocarnos en otra perspectiva de realidad. El llamado, que obra en ellas, a movernos y a participar de ópticas diferentes a las inmediatas, a las cotidianas, testimonia su característica simbólica: ser flecha que convida a trascender hacia otra dimensión que se revela en ella y sólo a partir de ella.

Para acceder a lo simbólico, en cuanto lo atesorado por una creación de la cultura habríamos de detenernos ante ella, abrirnos a lo que nos manifiesta: dejarla ser, dejarla hablar: Dejarla reposar en las posibilidades de su propio ser y dejarnos llevar por lo que ella nos muestra.

¿Hacia donde señala una obra de cultura? Indica siempre hacia una tierra, hacia un conjunto de valores, hacia una historia, hacia prácticas sociales, tradiciones y ritos, hacia modos de reverenciar y adorar. Engloba y habla a una idiosincrasia y a modos concretos de vida. Se inserta en el contexto de una cultura viva. Habla a un pueblo, a una época de su historia.

Ese mundo que se abre en la obra se erige desde una tierra determinada, la tierra le proporciona la base y el sustento, la materia, para que a través de ella, en la obra, se pueda iluminar, revelar, el mundo de la cultura levantado sobre esa misma base y en correspondencia con ella. La tierra, la cultura y la obra de arte constituyen un espacio misterioso en un juego de espejos que se reflejan y revelan mutuamente entre sí. En él, cobran sentido y reciben savia nueva; El espacio abierto en esta relación crea perspectiva, horizonte, dirección. Con ello, crea adhesión, en él se instituye y arraiga lo propio de esa cultura, lo apropiado a ella, desde allí se edifica su propiedad, su patrimonio.

Desde ahí nace la jerarquía de las obras de la cultura, su carisma, frente a otras producciones humanas. Mientras estas últimas apuntan a funciones, por ejemplo, la función del escribir, en un lápiz, a su utilidad; aquellas apuntan a plenitudes de significados, hacia aquellas constelaciones de sentidos que constituyen una cultura. Por ello, cuando se las aísla de su tejido vital, de su propio mundo y se las trata como cosas universales o como simple mercancías, enroscan en sí mismas y se tornan mudas.

De esta meditación he extraído una enseñanza que para mí ha sido capital. La única vía posible para arraigar a un pueblo, para que una nación o una cultura pueda lograr su propia identidad es mediante el cultivo de la creatividad. La creación es lo único que nos ata a algo, nos hace admirarlo y nos incita a la perfección. Además, comprendí que no se puede crear, ni educar, ni cultivar sin cuidado solícito, sin la presencia del amor. El artista crea porque ama, ama lo que pretende, ama entrañablemente la obra a la que, con sus manos o en su espíritu da forma y sentido. Ortega y Gasset reclamaba, en otro tiempo y lugar, semejante al nuestro de hoy, como primer deber del ser humano la reabsorción de la circunstancia: "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo".

Por otro lado, nunca debemos olvidar la historia cuando se habla de identidad, de autenticidad, de autonomía. Para hacer posible la obra de la identidad se requiere de mantener siempre despierta, viva, la memoria. Empero en el día de hoy cobra vigencia entre nosotros, un legado del siglo XX que me preocupa y angustia, pues apunta a la anulación del don humano por excelencia: La memoria.

Vivimos en un mundo donde los mecanismos sociales que vinculan a los individuos con las anteriores generaciones, cada día, con mayor energía, se disuelven. Se nos impone vivir en un presente permanente. Cuando se hace imprescindible recurrir al pasado, nos referimos a él, o como simple complemento decorativo, como aditamento retórico o como simple antecedente funcional, utilitario de lo presente.

Por ello, los megacentros y los hipermercados son las grandes catedrales del siglo XX. Destacan cuán símbolos contundentes de nuestros disminuidos modos de vida. En ellos, la presencia del tiempo se eclipsa. Todo es y está "presente"; desaparece toda posibilidad para lo nuevo: todo está ya contenido e inventariado en el catálogo; la vivencia se torna rutina.

Todo esto obra ya en profundidad sobre nosotros. Cada día, con mayor intensidad perdemos los referentes de nuestra vida, la herencia, el patrimonio. Por ejemplo, a Gazcue o a Los Pepines, memorias de nuestras ciudades, transformados en baratija, en arrabal, en tierra devastada. Como ya sucedió con los sueños, ahora se destrozan los últimos referentes tangibles... Después, se podrá hablar de identidad, pero será "hablar" de algo muerto, de imagen desvanecida.

Últimamente he estado pensando en el lamentable estado en que hoy nos encontramos. Rige entre nosotros una cultura de abandono. Por donde quiera que miramos encontramos signos de ignorancia, negligencia, mezquindad, resentimiento, extravío, violencia. Es difícil, muy difícil encontrar en nuestro solar signos positivos. Nuestras campiñas lucen apagadas, desiertas, desamparadas. El paisaje viene ocultado y degradado por una publicidad que pregona banalidades sobre cosas sin importancia. Las ciudades se han transmutado en vertederos de todo tipo de inmundicias reales y morales; las calles lucen destrozadas e inseguras, abandonadas a la espera de mayor ruina. La mayoría de los dominicanos visten harapos y desviven amontonados en basurales inhóspitos, llevando una vida de ratas, sin acceso a sus derechos, al cultivo de las propias potencialidades humanas y personales, a los bienes imprescindibles de la propia cultura y a los que otorga la época moderna. Impera en la vida social la usurpación, la calumnia, la zancadilla, la corrupción, la impunidad.

En una de sus obras, Martín Heidegger, meditaba sobre el sentido de la acción. Iniciaba describiendo el parecer que de esta tiene el sentido común: para éste, el bregar con las cosas busca, sólo, obtener provecho; juzga el significado de la acción sólo por el beneficio que produce. Sin embargo, nos dice el filósofo, la excelencia del hacer consiste, no en la utilidad inmediata que genera, sino en conducir algo a la plenitud de su ser, a la culminación de su esencia cumpliendo con su propia medida. La diferencia entre la concepción común y la del filósofo se podría manifestar con ejemplos: La excelencia del hacer se manifiesta en el esmero y la preocupación que tienen los padres para con sus hijos y los educadores con sus discípulos; en la solicitud y dedicación de los creadores respecto a la propia obra; en la acción responsable y solícita de una colectividad en formar a sus miembros en los valores y modos de vida que la configuran y en procurar realizarlos. El efectismo, apunta, en vez, al puro resultado sin concierto, sin sentido de calidad, a lo que salga.

Otros pensadores han reclamado la necesidad de que los humanos centrásemos nuestra atención y voluntad transformadora en la realización y cumplimiento de lo más cercano a nosotros, cuidando de que llegue a florecer y fructificar siguiendo sus propios caminos de perfección. Voltaire, por ejemplo, indicaba que la tarea más apropiada para los humanos habría de ser dedicarse a engalanar la propia casa, a cultivar el propio jardín.

Por todo ello, considero, que para poder sobrevivir colectivamente los dominicanos tendríamos que comenzar a despertar de tanta dejadez, recobrar conciencia, criticidad, criterio; revitalizar los lazos, organizarnos, precisar los fines, eliminar de ellos el efectismo; si no lo hacemos, me luce, nos vencerá la disolución y la muerte.

Si la fuente de la identidad es la creatividad deberíamos dirigir nuestros esfuerzos en potenciar, sobre todas las cosas, la educación y la cultura. Necesitaríamos fomentar una educación con miras a despertar la creatividad de nuestra gente, en especial de nuestros jóvenes. Para ello tendríamos que renunciar de entrada a tantas teorías sobre la educación y volver a lo básico. Ello lo lograríamos asumiendo dos actitudes básicas. Primero, habría que educar amorosamente para que en cada ser humano, y en el

conjunto de la Nación, despertara una necesidad de autenticidad y de autonomía. Que aprendiéramos la virtud de la responsabilidad y el “ansia de perfección”, como nos ha enseñado el maestro dominicano por excelencia, Pedro Henríquez Ureña. Segundo, que aprendamos reverenciar y a reconocer colectivamente al ser humano creador, a quién innova y abre caminos: aquel o aquella que siembra y cultiva en el surco de las manos, en las mentes de los jóvenes o en el imaginario colectivo ideas, métodos, símbolos, imágenes, metáforas, melodías que inciten a la creación, a la autoconciencia, a despertar capacidades dormidas, a descubrir nuevas dimensiones del ser, a ser mejores.